

## **Mujeres resistentes, memorias disidentes: ex presas políticas, militancia e Historia Reciente en Chile**

Hillary Hiner

Universidad Diego Portales<sup>1</sup>

Dentro de la bibliografía sobre Historia Reciente y Memoria ha habido un marcado enfoque en la violencia política de las dictaduras y los/as familiares de las víctimas más emblemáticas de esta violencia, los/as detenidos/as desaparecidos/as. Sin restarles importancia a estos trabajos, se podría decir que este corpus bibliográfico, bastante extendido, ha dejado considerablemente más en la “sombra” a la Historia de las mujeres militantes y ex presas políticas. En los últimos años hemos logrado revertir, en algo, esta tendencia; ya tenemos bibliografía sobre las experiencias de las mujeres militantes antes de convertirse en presas políticas y bibliografía sobre cuando estas mujeres ya eran presas políticas, pero ¿qué pasa con ellas *después* de la prisión política?

Al analizar la producción histórica sobre las mujeres militantes del Cono Sur, nos damos cuenta de la existencia de tres cortes temporales comunes a estas narrativas que corresponden, muy generalmente, a tres períodos en las vidas de estas mujeres: (1) los años dorados de la juventud, la militancia y el sueño socialista; (2) los años “de plomo” del golpe y la dictadura, cuando muchas se volvieron presas políticas; y (3) los años inciertos de la post-dictadura, con un mayor cuestionamiento de los partidos políticos y las promesas democráticas. En este ensayo me gustaría presentar algunas primeras aproximaciones a la escritura de la Historia de las mujeres militantes y ex militantes (muchas ex presas) en este último corte histórico, el de la post-dictadura en Chile. Aunque bastante preliminar, creo que este pequeño análisis historiográfico nos permite desestabilizar algunas suposiciones historiográficas sobre las mujeres militantes: desde la atribución a ellas de una cierta “ahistoricidad” – que existen “fuera” de la Historia y que, por tanto, sólo existen en el espacio liminal de la prisión, pero no antes ni después – a la obliteración de ellas como sujetos políticos activos en los procesos de resistencia a la dictadura, de transición y de profundización democrática. Para delinear con mayor claridad mis argumentos, describiré dos grandes categorías de mujeres que fueron militantes en grupos de izquierda en Chile durante los años 70 y 80, diferenciándolas principalmente por el factor de si siguen siendo militantes o no en el día de hoy. Después trataré de tensionar estas mismas categorías y presentar algunas conclusiones a través de la exploración de dos pequeños casos de estudio. Mi análisis está basado principalmente en las 162 entrevistas que hice en diferentes regiones de Chile durante el período 2014-2015.

Primero, las mujeres que siguen siendo militantes. Aquí hay dos subgrupos: las “fieles” y las “díscolas”, y las militantes son principalmente del Partido Socialista o del Partido Comunista (o, en mucho menor medida, del Partido Por la Democracia, del Partido Demócrata

---

<sup>1</sup> Texto es parte del proyecto FONDECYT N° 11130088, “Una historia inconclusa: violencia de género y políticas públicas en Chile, 1990-2010, todavía en curso. La autora quiere agradecer a Bernardita Llanos por la invitación a publicar y su ayuda con la edición, como también, y especialmente, a Edith Guajardo y Francis Toledo, quienes no sólo accedieron a ser entrevistadas, sino que también tomaron el tiempo para leer este texto y hacerle comentarios.

Cristiano, u otros partidos más pequeños de centro-izquierda). Las mujeres “fieles” son, en muchos casos, mujeres que lograron convertir su lealtad partidaria en puestos políticos y profesionales.<sup>2</sup> A estas mujeres les ha ido bien por sus propios dones y capacidades, pero también porque cuestionan menos al partido. Para las mujeres de tendencias más feministas esto puede ser problemático porque existen tensiones históricas entre los partidos de izquierda y el movimiento feminista en Chile. En todo caso, si una feminista sigue siendo parte de un partido político chileno, lo más probable es que se la vea como una feminista “institucionalizada,” vinculada muy fuertemente con las políticas públicas de género formuladas por el Estado y el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). No obstante, o tal vez por sus relativos éxitos, algunas de estas mujeres que pasaron por experiencias de persecución y prisión política tienden a evitar discusiones muy detalladas sobre sus detenciones. Por ejemplo, en mis entrevistas con mujeres de partidos que habían logrado un cierto estatus o jerarquía en sus vidas profesionales, fue frecuente que me pidieran explícitamente no preguntarles por ciertos episodios del pasado, como la tortura o la tortura sexual, o que me informaran, dentro de los primeros minutos y a veces bastantes tensas, que no hablaban de “esos años” o de sus “vidas privadas.” En otros casos, y sin tener que decirme nada, se notaba esta reticencia en respuestas evasivas o silencios. El intento por “bajarle el perfil” a su estatus como sobreviviente puede tomar otra forma también, un alejamiento - fuera de ciertos contextos políticos “permitidos” de memoria, como el 11 de septiembre o la inauguración de monumentos - del ámbito del activismo en torno a los derechos humanos, los sitios de la memoria, y, especialmente, las organizaciones de otras mujeres ex presas políticas. Se podría entender esto como un cálculo político, de no querer presentar la imagen de una mujer “débil” o “resentida,”<sup>3</sup> pero también se podría explicar desde lo psíquico/personal, como una forma de autocuidado o por la necesidad de “olvidar” ciertos elementos del pasado para funcionar en el presente.

Frente a estas mujeres, existen las mujeres políticas “díscolas,” que están dentro de estos mismos partidos, pero que hablan desde posiciones feministas más críticas y adonde se destaca la “doble militancia” en el movimiento feminista y en el partido. A veces mantienen la militancia en el partido por nostalgia hacia ciertas figuras históricas o por la necesidad psíquico-afectiva de no romper con un entorno social cercano que les ayudó a sobrevivir los duros años de la dictadura. En estas entrevistas las mujeres hablan del partido casi como un tipo de “familia,” o porque su propia familia afectiva o biológica era, efectivamente, “de” un partido o porque las amistades y experiencias compartidas dentro del partido terminaron articulando un tipo de “familia” alternativa. Se puede criticar a la familia, no estar de acuerdo con sus decisiones, pero no se rompe con la familia. Aunque a veces críticas frente a las “fieles”, por no haber mantenido las líneas originales de sus

---

<sup>2</sup> Varias de las últimas presidentas mujeres del Cono Sur han sido de este perfil: Cristina Fernández en Argentina, Michelle Bachelet en Chile o Dilma Rousseff en Brasil; todas han militado en sus partidos desde jóvenes y representan una lealtad incuestionada hacia éstos. Bachelet y Rousseff fueron, además, presas políticas durante las dictaduras de sus países.

<sup>3</sup> El término “resentido/a” es muy propio del Chile actual, un país que sigue muy dividido por la clase social y las diferentes memorias de la dictadura. Es ocupado por gente de la centro-derecha neoliberal para referirse a personas supuestamente “obsesionadas” con el pasado, “resentidos/as” sociales porque no les ha ido tan bien como a ellos/as.

creencias políticas y por haber dado la espalda a sus antiguas compañeras, siguen creyendo en el poder transformador del partido político como única vía real de efectuar cambios. Por sentirse perjudicadas en círculos políticos más tradicionales, las díscolas tienden a formar sus propias comunidades de mujeres políticas y feministas, vinculadas por redes formales e informales a ciertas temáticas feministas o sitios de la memoria.

Por otro lado, y en contraposición a las mujeres que siguieron siendo “del partido”, tenemos a las mujeres ex militantes. Dejaron sus partidos, a veces, paulatinamente - un largo proceso desencantador que terminó desgastando la afiliación partidaria-, o de manera más brusca, provocadas por algún hito o decisión en particular.<sup>4</sup> Más allá de esto, se podría decir que las mujeres ex militantes conforman un grupo muy heterogéneo: desde mujeres que repudiaron totalmente sus militancias políticas anteriores - llegando, incluso a ser de tendencias más de derecha o abiertamente hostiles y apáticas frente a la política partidaria -, a mujeres que querían mantener el espíritu “original” de sus militancias de izquierda, pero volcándose hacia otros activismos considerados más “puros” políticamente. Me concentraré más en estas últimas, ya que el primer grupo no estuvo muy representado en mi investigación, aunque sí hubo algunas mujeres que dejaron entrever que consideraban que sus militancias anteriores habían sido “mal pensadas” o levantadas desde lugares de “ignorancia”. Para las mujeres que se fueron de los partidos buscando otras alternativas progresistas - muchas feministas de corrientes más “autónomas” o “radicales” - el activismo fuera de los partidos políticos es el único activismo realmente viable dentro de un contexto de democracia neoliberal. En mis entrevistas con estas mujeres su desilusión con la política partidaria era palpable; primaba la sensación de que los partidos de la Concertación/Nueva Mayoría les habían fallado una y otra vez y que ahora no podían confiar en esa forma de hacer política. Hay un gran número de ex militantes feministas que ahora luchan no sólo en espacios feministas sino también en movimientos sociales relacionados a la salud, la vivienda, la educación, el ambientalismo o los pueblos originarios. Además, son muy activas en colectividades de ex presas políticas feministas, como “Mujeres Sobrevivientes Siempre Resistentes” en Santiago o “El Centro Cultural por la Memoria “La Monche” en Concepción.

En pos de trabajar un poco más esta relación entre los partidos, el feminismo y la memoria, ahora me gustaría pasar a analizar dos pequeños casos de estudio. El primero se basa en una entrevista que hice con Edith Guajardo en Temuco el 19 de enero de 2015. En ese momento, Edith tenía 51 años y ya llevaba muchos años como activista lesbiana, algo no tan fácil en una ciudad sumamente conservadora y heteronormada como Temuco. Nació en el seno de una familia comunista en un barrio obrero de San Miguel, Santiago, el 17 de mayo de 1963, adonde se formó como militante de las Juventudes Comunistas (JJCC). Luego pasó a formar parte del MIR. Al contrario de muchas de sus compañeras, y a pesar

---

<sup>4</sup> En el caso de los grupos más asociados con la lucha armada durante los años 70 y 80, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), o Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU)-Lautaro, también existe otra variable, que es que muchos de éstos no lograron sobrevivir como entidades políticas pasados los años 90, o sólo de una manera muy reducida. Aquí no fue tanto el distanciamiento de la militante como la misma desaparición o disminución del partido que la iba a dejar como “ex militante”.

de trabajar casi toda la dictadura en tareas clandestinas y tener un cónyuge también del MIR, Edith nunca fue presa política. Se siente “afortunada” que sólo fue golpeada en la calle por Carabineros y no torturada o violada como tantas otras. Salió de la clandestinidad, y, eventualmente del MIR, a principios de los 90. Después de dos intentos fallidos, en 2008 y 2012, de convertirse en concejala por el Partido Humanista (PH)<sup>5</sup> en Temuco, Edith se salió del PH y del sistema partidario y concentró su activismo en los movimientos sociales, siendo una activista lesbiana y feminista ya muy conocida en Temuco. Participó en la formación de varios grupos fundacionales de la comunidad LGBTQ en la Araucanía, como el Centro de Apoyo y Educación (CAE), que trabajaba en torno al tema de VIH/SIDA, el grupo lésbico Las Araucanas y la Colectiva Lésbica Mujeres Espejo. Al considerar su acercamiento al feminismo, siendo militante de izquierda y a poco de salir de la clandestinidad, Edith señala:

“Y recuerdo haber estado en una situación cuando era militante del JJCC cuando me sentí muy atraída por una compañera, con una relación confusa, por decirlo, desde lo sexual. Ella reaccionó muy mal y, a los dos meses de eso, ella se casó y yo ya me había salido de la Jota y me emparejé con un sujeto pensando que esa era la solución. Y, además, porque en términos prácticos, no había pensado en tener una orientación distinta (...) creía tener la idea de que todo estaba determinado por mi compromiso por la militancia, terminar con la dictadura, por lo tanto no cabía en mi cabeza otras cosas, cuando lo que había ahí quizás era un esconderse en ese discurso (...) cuando se produce esta situación de “mayor apertura” de las organizaciones sociales y yo me vinculo, aún en la clandestinidad, con grupos de salud, con EPES [Educación Popular En Salud, organización histórica santiaguina de perfil feminista] y eso, esta situación de la intelectualidad, de la sexualidad diversa, se me empieza a instalar como un discurso más mío y entro en conflicto con la pareja que tenía, que era el padre de mis hijos y entro en conflicto con varias cosas...”

El segundo caso también es del sur de Chile y viene de una entrevista que hice con Francis Toledo en su casa en Huelpén, cerca de Concepción, el 21 de julio de 2014. Nacida en Tomé, en la Región del Bío-Bío, el 21 de diciembre de 1958, Francis se auto-identifica como pobladora y vive en un sector lleno de edificios de vivienda social, llamados “bloques” en Chile. Al igual que Edith, Francis también se asoció con el MIR durante los años 80, pero más bien como simpatizante, trabajando en el Centro Cultural Pedro de Valdivia; su cónyuge también fue militante del MIR en Concepción. En 1984, su pareja fue detenido por la CNI en la casa que compartían en la población. Ella presenció la violencia de la detención y fue amenazada y maltratada verbalmente, algo que la afectó psicológicamente de manera profunda. Para recuperarse, empezó a acudir a la Casa de los Colores, una casa feminista especializada en la biodanza terapéutica, fundada por Carmen Durán en Concepción en 1988. Actualmente Francis es parte del ya mencionado Centro “La Monche”, y también participa en un programa sobre la memoria histórica en la radio popular Lorenzo Arenas.

---

<sup>5</sup> Un partido de izquierda con históricamente poco éxito electoral por encontrarse fuera de las dos grandes coaliciones del sistema binominal.

Francis nos cuenta sobre los nuevos vínculos que están formando entre feministas jóvenes y mujeres de su generación:

“Ya nos empezamos a juntar nuevamente [para conmemorar los 40 años del golpe en el año 2013] . Yo digo, “nos reencontramos”. Nos reencontramos las mujeres y empezamos a hacer cosas, a trabajar. Y lo más importante (...) es que llegan mujeres jóvenes, donde ellas quieren saber, lo que les pasó a las, digamos, “menos jóvenes” como se dice (nos reímos) (...) Y nosotras también nos enriquecemos con sus formas de ver, lo que está sucediendo ahora con el feminismo (...) Yo creo que eso es lo que hay que hacer porque mucho tiempo, demasiado tiempo, est[uvimos] calladas. Entonces, ahora yo creo que los grupos que se están formando, un montón que se empezaron a abrir - nosotros también estamos súper contentas por el grupo nuestro de “La Monche” -, y llegaron muchas mujeres. Hemos hecho actividades con mujeres de acá de Hualpencillo, de Hualpén, mujeres pobladoras que hacen teatro. Entonces, a mí personalmente, me da mucha alegría eso. Me da mucha alegría porque me doy cuenta de que no estamos tan equivocadas con respecto a que yo siempre digo ‘las mujeres son las que vamos a cambiar esto’”

Las citas de Edith y Francis nos demuestran el grado de diversidad que existe entre las experiencias de mujeres ex militantes de izquierda y feministas en Chile. Las elegí, a propósito, porque ambas son, además, ex militantes menos “convencionales”: son más jóvenes, así que su involucramiento principal con la izquierda fue durante los años 80, y no los años 60-70; ninguna de las dos fue detenida ni “presa política”, aunque ambas vivieron la violencia y represión autoritaria; y ambas sitúan sus historias de militancia y feminismo en espacios regionales fuera de Santiago. También hay particularidades que nos sirven para “abrir” la categoría de “mujer militante”: Francis fue simpatizante y no militante del MIR; Edith militó en dos grupos conocidos de izquierda (JJCC y MIR) y perteneció además al PH. He querido cerrar con sus historias porque a veces la bibliografía sobre mujeres militantes, dictadura y memoria tiende a pasar por alto mujeres como Edith y Francis, o las disipa dentro un proceso histórico homogeneizador, basado en el prototipo de “*la mujer militante*”, entendido en el contexto chileno como una mujer blanca-mestiza, probablemente santiaguina o por lo menos “urbana”, heterosexual y más bien “femenina” en su expresión de género. Si ya existe, como planteé en la introducción, una “sombra” en textos sobre Historia Reciente y Memoria, mujeres como Edith y Francis estarían en la sombra de esa sombra. En ese sentido, me parece aún más urgente que empecemos a integrar con mayor profundidad la teoría feminista al estudio de las mujeres militantes y ex militantes y que seamos capaces de trabajarlas de manera más matizada, en diferentes temporalidades, incluyendo las más recientes, en espacios fuera de Santiago, y en toda la plenitud de su diversidad identitaria, siendo, además, lesbianas, indígenas, pobladoras, o campesinas.